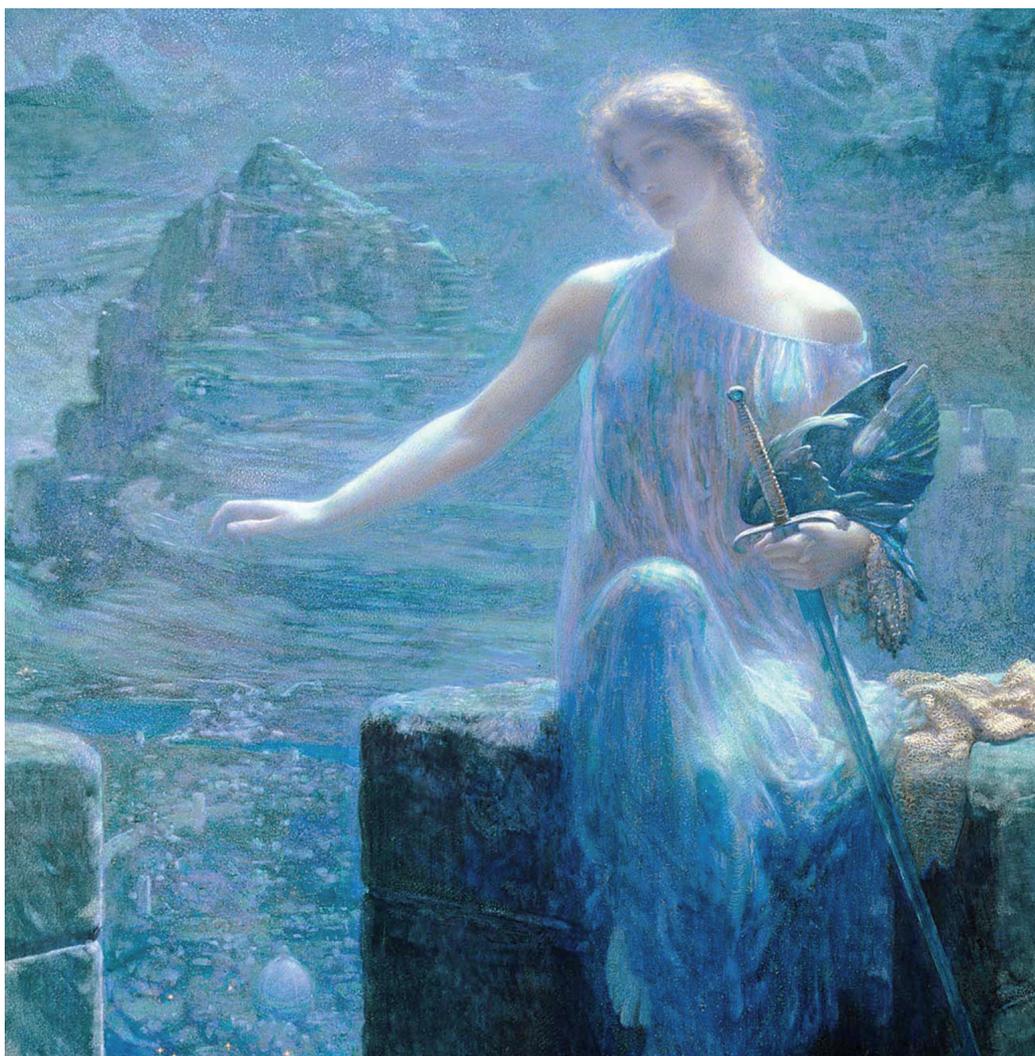


biblioteca **André
Comte-Sponville**

**Pequeño tratado
de las grandes virtudes**



PAIDÓS

ANDRÉ COMTE-SPONVILLE

PEQUEÑO TRATADO
DE LAS GRANDES
VIRTUDES

Sumario

Agradecimientos	11
Prólogo	13
1. La urbanidad	19
2. La fidelidad	27
3. La prudencia	39
4. La templanza	47
5. La valentía	53
6. La justicia	69
7. La generosidad	95
8. La compasión	111
9. La misericordia	127
10. La gratitud	141
11. La humildad	149
12. La sencillez	159
13. La tolerancia	167
14. La pureza	183
15. La mansedumbre	193
16. La buena fe	203
17. El humor	219
18. El amor	231
Sinopsis	301

CAPÍTULO 1

La urbanidad

La urbanidad es la primera virtud y quizá el origen de todas las demás. Es también la más pobre, la más superficial y la más discutible: ¿se trata realmente de una virtud? En cualquier caso es una pequeña virtud. A la urbanidad le trae sin cuidado la moral, y a la moral, la urbanidad. ¿Cambia en algo el nazismo por el hecho de que un nazi sea refinado? ¿Cambia en algo el horror? No, nada: la urbanidad se caracteriza por ese *nada*. Es una virtud puramente formal, una virtud de etiqueta, una virtud de ceremonial. Tiene la apariencia de una virtud, pero sólo eso.

La urbanidad es un valor, eso es innegable, pero es un valor ambiguo, insuficiente en sí mismo —puede cubrir tanto lo mejor como lo peor— y por eso resulta sospechosa. Este trabajo sobre la forma debe de ocultar algo, pero ¿el qué? Es un artificio, y de los artificios no hay que fiarse. Es un adorno, y de los adornos hay que desconfiar. Diderot habla en alguna parte de la «urbanidad insultante» de los grandes, pero también habría que hablar de la urbanidad obsequiosa y servil de muchas personas humildes. Si nos dieran a elegir, preferiríamos el desprecio sin fórmulas y la obediencia sin maneras.

Un canalla refinado no es menos innoble que otro que no sea refinado, o quizá lo sea mucho más. ¿Tal vez porque nos resulte hipócrita? No está claro, ya que la urbanidad no aspira a la moral. El canalla refinado sería de buen grado cínico sin faltar por ello ni a la urbanidad ni a la maldad. Pero entonces ¿por qué nos disgusta? ¿Por el contraste? Sin duda. Pero no por el contraste entre la apariencia de una virtud y su ausencia (que sería la hipocresía), ya que nuestro canalla, por hipótesis, es efectivamente refinado —por otra parte, quien lo parece lo es, por lo menos en grado suficiente—, sino por el contraste entre la apa-

riencia de una virtud (que, en el caso de la urbanidad, es también su propia realidad: el ser de la urbanidad se agota por entero en su apariencia) y la ausencia de todas las demás virtudes, entre la apariencia de una virtud y la presencia de vicios, o más bien la presencia del único vicio real, el de la maldad. Por lo tanto, si consideramos aisladamente este contraste, vemos que es más de índole estética que moral: explicaría la sorpresa más que el horror, la extrañeza más que la reprobación. Si a lo estético se añade lo ético, la urbanidad hace que el malvado resulte más odioso, porque denota que posee una educación sin la cual su maldad, de alguna manera, sería excusable. El canalla refinado es lo contrario a una fiera, a la que no se guarda rencor. Es lo contrario a un salvaje, a quien se disculpa. Es lo contrario a un patán burdo, grosero, inculto, que aunque sea pavoroso, se le puede disculpar por su incultura, su violencia innata y su corto entendimiento. El canalla refinado no es una fiera, no es un salvaje, no es un patán; al contrario, es un ser civilizado y educado, por eso no tendría ninguna excusa. No sabemos si el patán agresivo es malo o simplemente mal educado. En cambio, en lo que se refiere al verdugo refinado, no existe ninguna duda. Del mismo modo que la sangre se ve mucho más sobre unos guantes blancos, el horror es más patente cuando es refinado. Los nazis de los que hablábamos antes, al menos algunos de ellos, interpretaban este papel de un modo excelente. Y todo el mundo sabe que una parte de la ignominia alemana consistió en esa mezcla de barbarie y de civilización, de violencia y de urbanidad, en esa crueldad a veces refinada y a veces bestial, pero siempre cruel, que quizá fuera más culpable por ser refinada, más inhumana por ser humana en las formas, más bárbara por ser civilizada. A un ser grosero se le puede tachar de animal, de ignorante, de inculto, y echar la culpa a una infancia desgraciada o al fracaso de una sociedad. A un ser refinado, no. La urbanidad en este caso es una circunstancia agravante, que acusa directamente al hombre, pueblo o individuo, y a la sociedad, no por sus fracasos, que podrían ser otras tantas excusas, sino por sus logros. *Bien educado*, se dice, y con eso se dice todo. El nazismo como logro de la sociedad alemana (Jankélévitch añadiría: *y de la cultura alemana*, pero decir esto sólo se lo podían permitir él o sus contemporáneos) es lo que condena el nazismo y a Alemania, me refiero a aquella Alemania que interpretaba a Beethoven en los *lager* y asesinaba a los niños.

Me estoy desviando, pero más por celo que por descuido. En lo que se refiere a la urbanidad, lo más importante es no dejarse engañar. La urbanidad no es una virtud ni puede hacer las veces de ninguna otra virtud.

Pero entonces ¿por qué digo que es la primera de las virtudes y quizá el origen de todas las demás? Es menos contradictorio de lo que pueda parecer en un principio. El origen de las virtudes no podría ser ninguna de ellas (porque si alguna lo fuera, supondría en sí misma un origen y no podría ser una virtud) y quizá la esencia de las virtudes consista en que la primera no sea virtuosa.

¿Por qué hablo de una *primera* virtud? Porque, en lo que se refiere al individuo, es la primera cronológicamente hablando. El recién nacido no tiene moral ni puede tenerla. Y tampoco el niño de pecho y, durante mucho tiempo, el niño. En cambio, el niño descubre muy pronto lo que está prohibido. «No hagas eso: es sucio, está mal, es feo, es malo...» O bien: «Eso es peligroso», y distinguirá muy pronto entre lo que está mal (la culpa) y lo que *hace* daño (el peligro). La culpa es el mal propiamente humano, el mal que no hace daño (al menos a quien lo hace), el mal sin peligro inmediato o intrínseco. Pero entonces ¿por qué se lo prohíben? Porque es feo, sucio, malo... Para el niño, el hecho precede a la moral, o más bien la moral es un hecho como cualquier otro. Existe lo que está permitido y lo que está prohibido, lo que se hace y lo que no se hace. La norma es suficiente, es anterior al juicio y al fondo. Pero entonces la norma no tiene otro fundamento que la convención ni otra justificación que la costumbre y el respeto a las costumbres: es una norma de hecho, de pura forma, de urbanidad. No se dicen palabrotas, no se interrumpe a la gente, no se roba, no se miente... Para el niño, todas estas prohibiciones son idénticas («no es bonito»). La capacidad de distinguir entre lo que es ético y lo que es estético sólo le llegará más tarde y de un modo progresivo. La urbanidad es, pues, anterior a la moral, o mejor dicho, al principio la moral sólo es urbanidad, es decir, sumisión a la costumbre (los sociólogos tienen razón en oponerse a Kant, al menos tienen razón en un principio, y quizá Kant no se opondría a esto), a la norma instituida, al juego regulado de las apariencias. Es sumisión al mundo y a las maneras del mundo.

Según Kant, lo que debe hacerse podría deducirse de lo que se hace. El niño está obligado a esto durante sus primeros años y sólo a través de ello llega a ser humano. «El hombre sólo puede llegar a ser hombre a través de la educación —reconoce Kant—; sólo es lo que la educación hace de él»,¹ y la disciplina es lo que primeramente «transforma la animalidad en humanidad».² No se puede expresar mejor. La costumbre es

1. Kant, *Reflexiones sobre la educación*, Introducción.

2. *Ibid.*

anterior al valor; la obediencia, el respeto y la imitación, al deber. La urbanidad, pues («eso no se hace»), es anterior a la moral («eso *no debe* hacerse»), la cual sólo se constituirá poco a poco como una urbanidad interiorizada, liberada de las apariencias y de los intereses y totalmente concentrada en la intención (con la que la urbanidad no tiene nada que ver). Pero ¿cómo podría emerger esta moral si la urbanidad no hubiera sido previamente recibida? Las buenas maneras preceden a las buenas acciones y conducen a ellas. La moral es como una urbanidad del alma, un saber vivir de uno mismo consigo mismo (aunque sea cuestión sobre todo del otro), una etiqueta de la vida interior, un código de nuestros deberes, un ceremonial de lo esencial. Inversamente, la urbanidad es como una moral del cuerpo, una ética del comportamiento, un código de la vida social, un ceremonial de lo no esencial. «Papel moneda», dice Kant, pero es mejor que nada y sería tan disparatado suprimirla como tomarla por oro verdadero;³ «calderilla», dice también, que sólo es apariencia de virtud, pero que la hace amable.⁴ ¿Y qué niño llegaría a ser virtuoso sin esta apariencia y sin esta amabilidad?

Así pues, la moral comienza por lo más bajo —por la urbanidad—, pero por algo tiene que comenzar. Ninguna virtud es natural: es necesario, pues, *devenir* virtuosos. Pero ¿cómo, si ya lo somos? «Las cosas que es necesario haber aprendido para hacerlas —explicaba Aristóteles— las aprendemos haciéndolas.»⁵ Pero ¿cómo podemos hacerlas sin haberlas aprendido? De este círculo cerrado sólo se puede salir por el *a priori* o por la urbanidad. Pero mientras que el *a priori* no está a nuestro alcance, la urbanidad, sí. «Practicando las acciones justas llegamos a ser justos, practicando las acciones moderadas llegamos a ser moderados y practicando las acciones valerosas llegamos a ser valientes», continuaba Aristóteles.⁶ Pero ¿cómo podremos actuar justamente sin ser justos? ¿Con moderación sin ser moderados? ¿Con valor sin ser valientes? ¿Cómo podremos llegar a serlo? Por la costumbre, parece responder Aristóteles, pero evidentemente la respuesta es insuficiente: la costumbre supone la existencia anterior de aquello a lo que uno se habitúa y, por lo tanto, no puede explicarlo. Kant nos lo aclara mucho más al decir que estos primeros simulacros de virtud se deben a la disciplina, es decir, a una coacción externa: lo que el niño, carente de instinto, no puede hacer por sí mismo, «es necesario que otros lo hagan por él», y de ese mo-

3. Kant, *Antropología en sentido pragmático*.

4. Kant, *Doctrina de la virtud* (segunda parte de la *Metafísica de las costumbres*), § 48.

5. Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, II, 1, 1103 a 33.

6. *Ibid.*, 1103 b 1.

do «una generación educa a la otra».⁷ No hay duda. Ahora bien, ¿qué es esta disciplina en la familia sino el respeto de las costumbres y de las buenas maneras? Disciplina normativa más que coactiva y que apunta menos al orden que a una cierta sociabilidad amable; disciplina no de policía, sino de urbanidad. A través de ella, imitando las maneras de la virtud, quizá tengamos una oportunidad de ser virtuosos. «La urbanidad —observaba La Bruyère— no inspira siempre la bondad, la equidad, la amabilidad o la gratitud; pero al menos tiene su apariencia y hace que el hombre aparezca de cara al exterior tal y como debería ser interiormente.»⁸ Eso explica que la urbanidad sea insuficiente para el adulto y necesaria en el niño. Sólo es un comienzo, pero ya es algo. Decir «por favor» o «perdón» es hacer como que se es respetuoso; decir «gracias» es hacer como que se está agradecido. Es el inicio del respeto y del agradecimiento. Del mismo modo que la naturaleza imita al arte, la moral imita a la urbanidad y ésta la imita a su vez. «Es inútil hablar del deber a los niños», reconocía Kant,⁹ y evidentemente tenía razón. Pero ¿quién renunciaría por eso a enseñarles la urbanidad? De no ser por ella, ¿qué habríamos aprendido de nuestros deberes? Si podemos llegar a ser morales —lo cual es necesario para que la moral, e incluso la inmoralidad, sean simplemente posibles—, no es por la virtud, sino por la educación, no es por el bien, sino por la forma, no es por la moral, sino por la urbanidad, no es por el respeto a los valores, sino a las costumbres. La moral es primeramente un artificio y después un artefacto. Imitando a la virtud llegamos a ser virtuosos: «Por el hecho de interpretar los hombres estos papeles —escribe Kant—, las virtudes, de las que, durante mucho tiempo, sólo toman la apariencia concertada, se despiertan poco a poco y pasan a sus maneras».¹⁰ La urbanidad es anterior a la moral y hace que ésta sea posible. Es «afectación», dice Kant, pero moralizadora.¹¹ Se trata de adoptar primero «las maneras del bien» no para contentarse con ellas, sino para acceder a través de ellas a lo que imitan, es decir, a la virtud, que sólo se produce imitándolas.¹² «La apariencia del bien en los otros —sigue escribiendo Kant— no carece de valor para nosotros: de este juego de simulaciones que suscita el respeto sin qui-

7. Kant, *Reflexiones sobre la educación*, Introducción.

8. *Caractères*, «De la société et de la conversation», 32 (R. Garapon (comp.), Classiques Garnier, 1990, pág. 163).

9. *Reflexiones sobre la educación*, III, C.

10. *Antropología en sentido pragmático*, § 14.

11. *Crítica de la razón pura*, Disciplina, 2, AK, III, pág. 489.

12. *Ibid.*, AK, III, 489-490.

zá merecerlo puede nacer lo más importante»,¹³ sin lo cual la moral no podría, en cada uno de nosotros, ni transmitirse ni constituirse. «Las actitudes morales provienen de actos que se asemejan a ellas», decía Aristóteles.¹⁴ La urbanidad es esa *apariencia* de virtud de la que proceden las virtudes.

La urbanidad salva, pues, a la moral del círculo vicioso (sin la urbanidad habría que ser virtuoso para poder llegar a serlo) creando las condiciones necesarias para que emerja y se expanda. Entre un hombre perfectamente educado y un hombre simplemente benévolo, respetuoso, modesto..., las diferencias, en muchas ocasiones, son ínfimas: uno acaba por parecerse a lo que imita, y la urbanidad conduce insensiblemente —o puede conducir— a la moral. Todos los padres lo saben y eso es lo que llaman educar a sus hijos. Sé perfectamente que la urbanidad no lo es todo y que tampoco es lo esencial. En todo caso, ser *bien educado* significa en el lenguaje de todos los días ser cortés, y con eso está dicho todo. Si sólo se tratara de urbanidad, ninguno de nosotros insistiríamos a nuestros hijos mil veces (qué digo mil veces, muchas más...) para que digan «por favor», «gracias», «perdón», salvo que fuéramos unos maníacos o unos *snoobs*. Pero el respeto se aprende así, con este adiestramiento. Sé que ésta es una palabra que desagrade a la gente; pero ¿es posible prescindir de ella? El amor no es suficiente para educar a los hijos, ni siquiera para conseguir que lleguen a ser cariñosos y amables; y tampoco la urbanidad: ambos son necesarios. Toda la educación familiar consiste en conjugar la más pequeña de las virtudes, que todavía no es moral, y la más grande, que ya no lo es. Queda el aprendizaje del lenguaje. Pero si la urbanidad es el arte de los signos, como decía Alain,¹⁵ aprender a hablar depende de ella. Es siempre uso y respeto del uso, que sólo es correcto en la medida que es respetado. «El uso correcto» podría ser el título de un manual de buenos modales, pero es el de una bella y famosa gramática (la de Grevisse). Hay que hacer lo que se hace, decir lo que se dice... Es revelador que en ambos casos se hable de corrección, que sólo es una urbanidad mínima y como obligada. La virtud o el estilo sólo aparecerán más tarde.

La urbanidad, pues, no es una virtud, pero de alguna forma es el simulacro que la imita (en los adultos) o que la prepara (en los niños). Con la edad cambia, si no de naturaleza, al menos de alcance. Es esencial du-

13. *Antropología...*, § 14.

14. *Ética a Nicómaco*, II, 1, 1103 b 21.

15. Alain, *Définitions*, Bibl. de la Pléiade, «Las artes y los dioses», pág. 1.080 (definición de la urbanidad).

rante la infancia y no esencial en la edad adulta. ¿Existe algo peor que un niño mal educado, exceptuando un adulto malvado? Ahora bien, nosotros ya no somos niños. Sabemos amar, juzgar, querer... Somos capaces de ser virtuosos, luego somos capaces de virtud, luego la urbanidad no podrá sustituir a esta última. Un zafio generoso siempre será mejor que un egoísta bien educado. Un hombre honesto, pero descortés, siempre será mejor que un canalla refinado. La urbanidad sólo es una gimnasia de la expresión, decía Alain;¹⁶ lo cual es como decir que es una gimnasia del cuerpo, y no hay duda de que lo más importante es el alma y el corazón. Incluso hay personas en las que la urbanidad molesta, por una perfección que inquieta. «Demasiado cortés para ser honesto», se dice, porque la honestidad a veces supone disgustar, desagradar, contrariar. Aun siendo honestos, muchos permanecerán toda su vida prisioneros de las buenas maneras, mostrándose a los otros sólo a través del cristal —nunca totalmente transparente— de la urbanidad, como si hubieran confundido de una vez por todas la verdad y el decoro. Entre los *snobs* hay mucho de esto. Si la urbanidad se toma demasiado en serio, se convierte en lo contrario de la autenticidad. Los que tienen buenas maneras son como niños grandes demasiado buenos, prisioneros de las reglas, víctimas de las costumbres y de las conveniencias. No han tenido adolescencia, etapa gracias a la cual se llega a ser hombre o mujer; la adolescencia que hace ver lo que la urbanidad tiene de irrisorio, la adolescencia que no tiene nada que ver con las costumbres, la adolescencia que sólo ama el amor, la verdad y la virtud, ¡la bella, la maravillosa, la descortés adolescencia! De adultos, serán más indulgentes y más buenos. Pero en fin, si hay que escoger necesariamente, e inmadurez por inmadurez, más vale, moralmente hablando, un adolescente prolongado que un niño demasiado obediente para crecer: más vale ser demasiado honesto para ser educado que demasiado educado para ser honesto.

Los buenos modales no son la vida; la urbanidad no es la moral. Pero ya es algo. La urbanidad es algo muy pequeño que antecede a algo grande. Es un ritual sin Dios; un ceremonial sin culto; una etiqueta sin monarca. Es una forma vacía que sólo tiene valor por su propio vacío. Una urbanidad engreída, una urbanidad que se toma en serio, una urbanidad pretenciosa, es una urbanidad víctima de sus maneras y que, por tanto, falta a las normas que ella misma prescribe. La urbanidad no es suficiente y, por otra parte, no es educado ser suficiente.

16. Alain, *Quatre-vingt-un chapitres sur l'esprit et les passions*, Bibl. de la Pléiade («Las pasiones y la sabiduría»), pág. 1.243.

La urbanidad no es una virtud, sino una cualidad, pero una cualidad sólo formal. Considerada en sí misma, es secundaria, irrisoria, casi insignificante: comparada con la virtud o la inteligencia, no es prácticamente nada, y esto es lo que la urbanidad, en su exquisita reserva, debe también saber expresar. Sin embargo, está claro que los seres inteligentes y virtuosos no están dispensados de ella. Ni siquiera el amor podría prescindir totalmente de las formas. Esto es lo que los niños deben aprender de sus padres, de esos padres que tanto les aman —aunque sea demasiado, aunque sea mal—, y que sin embargo no cesan de regañarlos, no por el fondo (¿quién se atrevería a decir a su hijo: «no me quieres lo suficiente»?), sino por la forma. Los filósofos discuten sobre si la forma no será en realidad el todo, y si la distinción entre moral y urbanidad no será sólo una ilusión. Quizá todo sea costumbre y respeto a la costumbre; quizá todo sea urbanidad. Sin embargo, yo no lo creo. El amor existe, lo mismo que la dulzura y la compasión. La urbanidad no lo es todo, en realidad no es casi nada. Pero el hombre, también, es casi un animal.